

# Una reflexión sobre el nacionalismo

LUIS MONTOTO ROJO  
Córdoba

Actualmente resultaría muy difícil rebatir que uno de los factores ideológicos que con más perversidad ha animado los conflictos europeos del siglo XX ha sido el nacionalismo. Junto a otras motivaciones de muy diversa índole, la movilización nacionalista fue el arma utilizada para empujar a los europeos de 1914 hacia La Gran Guerra; la irracionalidad nacionalista de Hitler condujo a la Segunda Guerra Mundial; y Milosevic ha liderado y dirigido la masacre de Croacia, Bosnia y Kosovo persiguiendo la creación de la «Gran Servia», poniendo el broche macabro a la historia europea del último siglo.

Tras el apogeo nacionalista de la primera mitad del pasado siglo, la división del mundo en dos esferas de influencia o la aparición de fenómenos como la integración europea parecían enterrar las tensiones nacionalistas tal como anteriormente habían existido. Sin embargo, habría que preguntarse por qué en el mundo que ha surgido tras 1989 el «mito nacional» esta recuperando su prestigio. La respuesta habría que encontrarla yendo a los orígenes mismos del problema y haciendo una mirada crítica, con perspectiva y prospectiva.

Sobre el origen y la evolución del concepto «nación» y del nacionalismo a que da lugar, la obra de Hobsbawn<sup>1</sup> es fundamental. Para este autor en 1780 la

nación es una novedad, puesto que es a partir del triunfo de las revoluciones atlánticas, y su articulación de los nuevos estados inspirados en la ilustración y el liberalismo, cuando empieza a emerger un concepto y una práctica de nación que, en un principio, se vincula a las teorías de los economistas que apostaron por las «economías nacionales» como Hamilton o List. Las regiones que no se ajustaban a los criterios de estos economistas tenía pocas posibilidades de ser consideradas como ente nacional.

Hobsbawn también se pregunta si antes de las revoluciones burguesas había existido en la población un «*proto-nacionalismo popular*», es decir, algún sentimiento o idea poco elaborada que presuponga que las clases populares eran conscientes que pertenecían a una amplia comunidad cultural. La pregunta es compleja, pero Hobsbawn opina que ni la lengua ni la etnia crearon este tipo de sentimientos. En cambio, la religión o la conciencia de pertenecer a un gran estado (pe. Francia o España) sí pueden generar proto-nacionalismo.

Uno de los aspectos claves de la obra del historiador inglés es su explicación sobre las causas que llevan a los estados, entre 1860 y 1870, a aumentar su componente nacional (lengua, etnia, destino histórico...) como fórmula para aumentar la lealtad política de sus ciu-

<sup>1</sup> Eric J. Hobsbawn, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, (Crítica, 1991)

<sup>2</sup> M. Hroch, «La construcción de la identidad nacional: del grupo étnico a la nación moderna», *Revista de Occidente* 161 (Octubre 1994).

dadanos. La formación del estado moderno se había caracterizado por el establecimiento de fronteras bien delimitadas; porque se gobernaba sobre la totalidad del territorio; por la uniformización de los sistemas legislativos, administrativos e institucionales; por la creación de sistemas representativos en los que el sentir de los ciudadanos es importante; o por un contacto permanente entre el estado y el ciudadano a través de servicios como el sistema educativo, correos, ferroviario, administración o ejército. De todo esto se derivan dos problemas: en primer lugar, hay que crear sistemas burocráticos con una lengua administrativa uniforme; y en segundo lugar hay que fomentar una lealtad política entre el estado y unos ciudadanos que cada vez adquieren mayor responsabilidad en su funcionamiento. En este contexto, los estados, además de buscar legitimación, tienden a fomentar la lealtad de sus habitantes a través de la identificación con un «pueblo-nación» y de su vinculación con la soberanía nacional.

El estado que había surgido tras la revolución había creado un patriotismo basado en el amor a la ley que garantiza que el estado ejerce el poder en nombre de sus ciudadanos y, a su vez, los ciudadanos son todos los que se acogen a esa misma ley común. El nacionalismo es una perversión de este concepto de estado que dirige el sentimiento de los ciudadanos hacia una definición de la nación basada en la etnia, la lengua o la religión, es decir, hacia lo que Anderson denominó *una comunidad imaginada*, una comunidad construida artificialmente que se convierte en artefacto intelectual para la movilización política. Es, en definitiva, un producto de ingeniería social con el que los principales estados de Europa iniciaran su andadura histórica en el siglo XX.

Por su parte, Hroch<sup>2</sup> explica la evolución de ciertos nacionalismos en torno a tres fases: una primera fase en la que se realiza una recuperación cultural de la tradición nacional y que se vincula a los movimientos románticos de prin-

cipios del siglo XIX; una segunda fase en la que sobre la cultura recuperada se opera una fase de concienciación nacional; y por último, una fase marcada por la adhesión de partidarios y los comienzos de la reivindicación política que exigen que, en la medida de lo posible, los límites del estado coincidan con los límites de la nación que se recuperó del olvido.

Las tres fases de esta evolución son fundamentalmente perceptibles en el nacionalismo catalán y vasco, con los orígenes románticos de la nación alemana o en las naciones que han estado bajo la tutela de grandes estados como el Imperio Austro-Hungaro, el Imperio Otomano o Rusia.

Hablamos, en definitiva, de construcciones intelectuales y culturales que, llevadas al extremo, enervan a los hombres en contra del «otro», del que no pertenece a la tribu, del que no es capaz de escuchar las voces ancestrales ni siente la llamada de la sangre secular del territorio. El amor a la nación en su versión más radical no consiste en la conciencia de compartir un pasado común y en el deseo de hacer grandes cosas juntos, como había teorizado Renan en su hermoso discurso, sino que se mezcla con las ideas racistas de Gobineau o con el darwinismo social para mostrar su faceta más amarga, y que más infelicidad proporcionará a la postre.

Tras la Gran Guerra estallaron en Europa las tensiones nacionales con especial virulencia motivadas por el derrumbamiento definitivo de los grandes imperios multinacionales y el establecimiento de las nuevas fronteras en los tratados de París. Este hecho marcó el periodo de entreguerras y estuvo en la base de la Segunda Guerra Mundial, tras la cual, en gran medida, remitieron por una circunstancia novedosa: la división del mundo, y de Europa especialmente, en dos esferas de influencia no regidas por criterios nacionales: un bloque se sentía depositario de la tradición liberal-democrática, y el otro de la materialización de la revolución marxista-lenin-

nista. Por su parte, el comunista Tito mantuvo bajo su férula las reivindicaciones nacionales dormidas en *el avispero balcánico* y, por su enfrentamiento con Stalin, hizo de Yugoslavia un estado precursor del movimiento de los *no alineados*. En este contexto el proceso de integración europeísta puso las bases para materializar uno de los sueños seculares de los mejores sectores de la intelectualidad occidental: crear una Europa unida en torno a su comunidad de intereses.

La caída del muro en 1989 alimentó las esperanzas de quienes creían que sería posible una gran Europa unida en torno a las instituciones democráticas y al crecimiento económico capitalista. Se entraba en una nueva etapa de la historia con tal optimismo que Fukuyama la entendió como la entrada en una nueva era de progreso indefinido en su *Historia después del fin de la historia*. Sin embargo, más de una década después de esta ola de esperanza, los acontecimientos europeos no han llamado a otra cosa que no sea la precaución y la alarma.

La primera herida abierta tras estos acontecimientos fue la que se derivó de las nuevas guerras balcánicas. Un loco llamado Milosevic pretendió reorientar el estado federal yugoslavo a unas posiciones abiertamente proserbias, provocando el rechazo de las otras naciones de la federación (Eslovenia, Croacia y Bosnia-Herzegovina) y acelerando su independencia. Cuando esto ocurre Milosevic, que controlaba el ejército federal, inicia una campaña para construir «la Gran Servia» perdida en 1389 tras la batalla del campo de los Mirlos utilizando las lecciones bien estudiadas de cómo intentó Hitler construir su gran Alemania. Durante una década, con impunidad por parte de la Comunidad Internacional, emprendió la limpieza étnica en las áreas croatas y bosnias que el consideraban que pertenecían a su nación. Mucha sangre se había derramado y muchos odios habían aflorado cuando la Otan decidió intervenir para frenar sus nuevos proyectos de Kosovo. Nacionalismo de viejo cuño, nazi y

visceral, que ha reavivado un conflicto que permanecerá durante muchos años en la memoria de sus protagonistas, y que además ha sentado un mal precedente sobre cómo resolver las discrepancias fronterizas.

No menos de rancio e irracional tiene el nacionalismo vasco, que aún riza el rizo de su nostalgia imaginaria, ese *bucle melancólico* como lo denominó Jon Juaristi<sup>3</sup>, y que siguen retando, cada vez con más virulencia y menos razón, a las instituciones de una España inspirada en los mejores principios de la democracia, el liberalismo y el respeto a la personalidad de sus regiones y nacionalidades históricas.

Pero lo cierto es que al margen de estas y otras tristes pervivencias, el nacionalismo renace hoy como un refugio (mal refugio, por cierto) ante la incapacidad de afrontar los nuevos retos que la sociedad plantea. No es difícil en este sentido relacionar el auge de personajes como Le Pen o Haider a los ingentes grupos de inmigrantes que pueblan nuestro viejo continente y a los que no se sabe muy bien como poner coto, ni como reducir alguno de los conflictos que de estas comunidades se derivan: inadaptación, criminalidad en ocasiones...

En los países de Europa del Este, tras la caída del comunismo y la homologación de sus regímenes con los de la Europa democrática y occidental no se ha producido una rápida recuperación económica, sino que muy al contrario, se están viviendo las duras consecuencias derivadas de la reconversión de unas economías perturbadas hacia las estructuras capitalistas basadas en las leyes del mercado. Algunos líderes irresponsables prefieren desviar la atención sobre estas dificultades alentando la reivindicación nacionalista hacia territorios que han quedado al margen de sus fronteras y que consideran partes inalienables de su nación, como pone de manifiesto Hermann Tertsch<sup>4</sup>.

El nuevo nacionalismo surge también, como dice Rufz Portella<sup>5</sup>, de la

<sup>3</sup> Jon Juaristi, *El bucle melancólico: historias de nacionalistas vascos* (Espasa-Calpe)

<sup>4</sup> Hermann Tertsch, *La venganza de la Historia* (El País - Aguila, 1999)

<sup>5</sup> Javier Rufz Portella, *España no es una cáscara* (Áltera, 2000)

<sup>6</sup> Así lo manifiesta Eric J. Hobsbawn en el discurso de agradecimiento tras recibir el Premio por la Reconciliación y el Entendimiento Europeos en Leipzig.

incapacidad intelectual de determinados ciudadanos de asumir que viven en un territorio que se ha forjado de múltiples tradiciones culturales. De ahí que para este autor haya en Cataluña quien reniegue de aquello que proceda de España por considerarlo ajeno a su rigurosa catalanidad. También procede de la necesidad de sentirse, en una sociedad secularizada, parte de un ente que existía anteriormente a nosotros, del que formamos parte, y en el que sobrevivirá algo nuestro cuando ya no estemos. En otras palabras, en una sociedad donde la religión ha perdido peso hay quien busca un sustituto para dar sentido a su vida gris.

En definitiva, si antes el nacionalismo era un arma para la movilización

política de los ciudadanos, hoy es fundamentalmente una reacción irracional a una larga serie de problemas que nuestra sociedad tiene actualmente planteados. Lo mejor de la tradición occidental requiere analizar los problemas en toda su complejidad y buscar soluciones inspiradas en la razón, siendo la mejor solución la que aspire a hacer más felices a todos los ciudadanos. Lo peor de la tradición occidental vuelve a llamarnos a las trincheras de la sinrazón para preservar lo que queda de un mundo que quizás nunca ha existido. En este contexto, recordando nuevamente a Hobsbawn, hay que decir que el papel de los intelectuales, y de los historiadores principalmente, es el de «*ser un peligro para los mitos nacionales*»<sup>6</sup>.